

LIBROS

48

LETRAS LIBRES
DICIEMBRE 2021

Rafael Chirbes

DIARIOS. A RATOS PERDIDOS 1 Y 2

Manuel Arias Maldonado

ABECEDARIO DEMOCRÁTICO

Sebastián Taberna

CAUSA ERRANTE

Concha Alós

LOS ENANOS

Alberto Olmos

VIDAS BARATAS.
ELOGIO DE LO CUTRE

John Gray

LAS DOS CARAS DEL LIBERALISMO



DIARIOS

El apetito (y su pérdida)



Rafael Chirbes

DIARIOS. A RATOS
PERDIDOS 1 Y 2

Prólogos de Marta Sanz y
Fernando Valls
Barcelona, Anagrama,
2021, 472 pp.

RICARDO DUDDA

Es posible que Rafael Chirbes fuera mejor lector que escritor. En su primer tomo de diarios, que comprende los años 1985-2005, lo que más registra son sus lecturas. Su amplitud es apabullante, igual que su voracidad y erudición. Pero lo que más me gusta son su entusiasmo y curiosidad: por clásicos como Dostoievski, Balzac, Marsé, Galdós, Musil, Döblin, Mann, Böll (lee a muchos autores de Alemania, donde sus libros tuvieron éxito, durante años más que en España). No hay ajustes de cuentas con sus contemporáneos, a pesar de que la prensa ha puesto el foco en sus críticas a Arturo Pérez-Reverte,

Antonio Muñoz Molina o Marta Sanz (Chirbes dice estar de acuerdo con esta cita del crítico literario Reich-Ranicki: “Si los escritores producen buenas novelas u obras de teatro deberemos agradecerse-lo y no ha de preocuparnos lo que digan o escriban sobre sus rivales o competidores”). No le gustan las conspiraciones, los cotilleos literarios, la farándula. Le gusta leer y escribir, pero sobre todo leer: “Cuando a veces me pregunto para qué pierdo tanto tiempo leyendo, la respuesta, además de porque soy un vago y leer resulta bastante más cómodo que escribir, es porque todo arte es releer el arte.”

Es muy común la figura del escritor al que le gusta sobre todo leer, que se lamenta de tener que escribir. A veces es un tipo de autor cínico y con vocación de maldito que suele decir que escribe solo porque le pagan, y que si no le pagaran se dedicaría a leer. Como si escribir fuera colocar ladrillos, un símil que usan muchos escritores para resultar humildes y que sin embargo sirve para mostrar su arrogancia.

Chirbes coquetea con esa idea pero realmente no podría seguirla. Lee muchísimo pero no podría abandonar la escritura. Es su trabajo y vive para el trabajo. Escribir no es poner ladrillos; Chirbes se siente desempleado cada vez que se ve incapaz de escribir. Cuando avanza en una novela, en sus diarios se nota: sus lecturas son entusiasmas y tiene apetito por la vida. Cuando no puede escribir cae en largas depresiones y siente que pierde la identidad que la escritura le otorga: “Se me ha caído la imagen de mí mismo que me había construido, casi podría decir que desde la infancia.” “Más mala conciencia: escribo cada vez menos y me

siento culpable por escribir cada vez menos y, como me siento culpable, cada vez tengo menos ganas de escribir.” “No escribo, no escribo, no escribo.”

Chirbes era novelista y nada más, o poco más; quería que lo reconocieran como alguien capaz de construir buenos personajes y grandes historias. “Yo soy solo, o al menos sobre todo, un novelista, y todo lo demás surge en los márgenes de las novelas, en sus pausas.” Y es lo que fue, un novelista brillante. Pero en cierto modo, por escribir sobre temas sociales y políticos, por desvelar en ocasiones su ideología, y por la incapacidad de muchos periodistas culturales de ir más allá de la política (el periodismo cultural suele ser periodismo político aplicado al sector cultural), acabó encorsetado en el papel de simple cronista de la crisis, confundido con un escritor-sociólogo que usa la literatura como vehículo para sus ideas, el tipo de escritor que más detestaba (aunque, con el éxito de *Crematorio* y *En la orilla*, cultivó esa pose porque comercialmente le funcionaba).

En estos diarios, fragmentarios y atrabiliarios, a veces muy narrativos y otras simples cuadernos de anotaciones y lecturas, se notan sus cambios de humor: del apetito más voraz pasa a la pérdida absoluta de apetito. También cambia con el tiempo el tono de su escritura, igual que evolucionó en sus novelas: de la sequedad y austeridad de *Mimoun* (su primera novela camusiana) o *París-Austerlitz* (su novela póstuma, que escribió a la vez que *Mimoun*) a la verborrea y el torrente de obras maduras como *Crematorio* o *En la orilla*. Sus diarios recogen esa evolución, los intentos por encontrar un estilo, las influencias, los bocetos que luego se convertirían

en personajes, las intimidades que luego ocultaría en ficciones. Chirbes fue un escritor muy reservado. Su única carta de presentación fueron sus novelas. La muerte de su padre con cuatro años, los años de orfanato en León y Ávila, los grandes desamores y depresiones, las ciudades donde vivió, solo aparecen, y muy de pasada, en estos diarios porque eran para consumo propio (o porque los editó para publicarse póstumamente).

Chirbes renegó siempre de la sensiblería, la beatería y el puritanismo. Tenía una mirada piadosa hacia la clase baja y los humildes, un extracto social del que provenía, y criticaba a quienes usaban al pueblo como fetiche o instrumento ideológico. Quizá por eso se reclusó primero en un pueblo extremeño, luego en uno valenciano, y criticó con dureza a la izquierda caviar (aunque fue esta quien lo ensalzó y convirtió en su referente).

Hasta el final, su referente ético fueron su madre, sus tías, sus abuelas, los miembros de su familia. No puede evitar cierta idealización nostálgica: “Siento una admiración casi ilimitada por esa gente, por sus ideas sobre el trabajo, por la claridad con la que se separaba el bien y el mal, por su capacidad por sentir compasión por otros, sin darse cuenta de que ellos la merecían, porque ellos pensaban que lo suyo era otra cosa que no aceptaba la compasión: esfuerzo, trabajo, lo que por entonces se decía *salir adelante*. Creo que los residuos del código genético que me transmitieron aún me llevan a sentir aprensión ante cualquier brillo inútil (social, decorativo o literario) y a odiar a los oportunistas; a desconfiar de los que hablan más que hacen; del triunfo que no surge del esfuerzo.” En estos diarios Chirbes

es un hombre solitario, a menudo deprimido y melancólico, desencantado con un mundo al que no le exige nunca nada, que realmente encuentra en la lectura un bálsamo y en la escritura un sentido. —

RICARDO DUDDA es periodista y miembro de la redacción de *Letras Libres*.



ENSAYO

Una sabia decepción: el abecé del ciudadano



Manuel Arias Maldonado
ABECEDARIO DEMOCRÁTICO
Madrid, Turner, 2021.
294 pp.

ISMAEL GRASA

El profesor Manuel Arias Maldonado viene publicando libros sobre los males y peligros por los que pasan nuestras democracias liberales. Este liberalismo democrático es un ideal sobre el que no deja de reflexionar, y, a su modo, defender, y digo “a su modo” porque no se trata de una defensa preconcebida, como se ve en este *Abecedario democrático* que reseñamos, sino un ir buscando lo menos malo, aquello que funciona, basándonos en los hechos y en la historia. Sus libros están llenos de referencias a filósofos que pensaron sobre lo político, pero antes que un filósofo Arias Maldonado es un pensador político, atento a los medios de comunicación, y alguien que siente una vocación por lo público, proyectada a través de sus escritos. Cuando vi su nuevo libro me vino a la mente el precedente de *Diccionario del ciudadano sin miedo a saber*, de Fernando

Savater, publicado justo antes de la crisis de 2008 y cuando el terrorismo etarra todavía estaba activo. Arias Maldonado, junto con autores como Félix Ovejero o José Luis Pardo, o como el propio Savater, forma parte del grupo de profesores universitarios ocupados en la divulgación de muchos de nuestros valores democráticos.

Uno de los temas recurrentes de Arias Maldonado es la defensa de la pluralidad. Su obra *Nostalgia del soberano*, donde trataba sobre los peligros de esperar demasiado de la política —cuando pretendemos que la política, en lugar de limitarse a resolver problemas, resuelva nuestra vida o le dé sentido—, decía en su último párrafo: “No se trata de poner el énfasis en el célebre *e pluribus unum* que sirve de lema a la democracia norteamericana: ‘de muchos, uno’. Hay que darle la vuelta a la fórmula, para fijarnos en el *ex uno plures* que constituye su reverso: ‘de uno, muchos’.” Este asunto recorre también su *Abecedario democrático*. Esta obra, en todo caso, es una síntesis de lo que Arias Maldonado es capaz de explicar sobre nuestras democracias liberales a un lector común. En veintisiete voces, que se corresponden con las letras de nuestro abecedario, resume cuál es el debate sobre cada una de las cuestiones, de la a de “autonomía” a la zeta de “zelote”, que es el término que usa (quizá porque no tenía muchas opciones para la zeta) como sinónimo de fanático o dogmático. De algún modo, el autor parece renunciar a la brillantez o a la originalidad para centrarse en lo sustancial, en explicar cuáles son los términos en que la discusión se lleva a cabo hoy en día. Arias Maldonado ha hecho una gran pedagogía. No diré que el libro es gris, porque la prosa

en que está escrito es amena y se lee muy bien, pero es como si a propósito hubiese buscado esa tonalidad, esa ausencia de sobresaltos y esa madurez, que, en el fondo, casa muy bien con lo que parece proponer la obra: la política es necesariamente gris, no debe aspirar a despertar el entusiasmo, sino a que los entusiasmos, los de cada uno, puedan tener lugar dentro de ella y de su entramado legal. “Hay que tener en cuenta que la vida democrática es conflictiva, insatisfactoria, decepcionante; nuestras expectativas rara vez se verán satisfechas”, dice en un momento.

La estructura de cada capítulo suele consistir en mostrar las diferentes posturas que existen sobre el asunto, ya sea el feminismo, el medio ambiente o el voto, para llegar al final a una toma de partido motivada por la experiencia con que contamos o la incompatibilidad del resto de las alternativas con las libertades individuales. Esas tomas de partido tienen un tono moderado, pero el libro en su conjunto no tiene nada de moderado, en cuanto a la defensa de la libertad individual. Insisto en que el libro es una extraordinaria síntesis sobre dónde se encuentra el debate sobre lo público. Su mérito no es aportar algo más o menos novedoso, como podría haber hecho el autor en otras obras, de modo que quienes están habituados a tratar sobre estas cuestiones no van a dar probablemente con ningún descubrimiento. El mérito del esfuerzo de escribir este libro es, insisto, su carácter luminosamente sintético. Al fin y al cabo la democracia se basa en la idea de una ciudadanía medianamente formada y que participa en la discusión pública, con lo que una obra así es algo perfectamente coherente y lleno de sentido.

Dice el autor en la introducción: “Este abecedario quiere ser una modesta contribución a la defensa —o fortalecimiento— de la democracia liberal. Parto de la premisa de que esta última es preferible a sus alternativas; y lo mismo vale para la sociedad liberal que se asocia a ella.” La primera voz es “Autonomía”, donde hace una llamada a que nuestras vidas sean lo más plenas (menos heterónomas) posibles, y donde trata también de la necesidad de unas condiciones de vida y laborales aceptables —esta idea, la de que debe haber cierto amparo y cobertura social por parte del Estado, se repite a menudo, aunque el autor no se sirva del término “socialdemocracia”—. En “Bien común” busca un término medio entre el comunitarismo y quienes, como los libertarios, solo atienden al interés privado. En “Globalización”, sin apartarse nunca de cierto pragmatismo, apunta kantianamente a que “La sociedad mundial es el destino final de la humanidad.” En “Historia” analiza los intentos de deslegitimar nuestra Transición a la vez que advierte del peligro de que haya una versión oficial de la historia. En “Igualdad” cita a Brennan para explicar por qué la utopía socialista no es mejor que la capitalista, y escribe en el último párrafo: “Puede así concluirse que la igualdad es imposible, pero una excesiva desigualdad es indeseable. Y ese es el consenso que, con diferencias de grado, rige en las democracias occidentales.” En “Medio ambiente” recuerda que el ecologismo nace en democracias, y no en otro lugar; y muestra el autor sensibilidad hacia el bienestar animal, una cuestión también repetida a lo largo de las páginas. En “Nación” enfrenta el ideal cívico

frente al ideal étnico, y desarrolla la idea de que “el modelo cívico de nación es contraintuitivo: lo habitual es que los ciudadanos experimenten pasiones nacionales y un fuerte apego hacia la cultura que sienten como propia. Y precisamente por eso es conveniente empujar en la dirección opuesta”. En “Populismo” expresa la paradoja de que esta corriente solo sea posible en democracias, por más que su fin sea sustituirlas. Las referencias a la actualidad abundan en todas las voces, pero sin perder de vista la idea central, y en cierto modo atemporal, que se quiere mostrar. Artículos como “Voto” o “Yihad” dan muchas claves también interesantes. *Que* este libro haya sido escrito originariamente en castellano es una esperanzadora muestra de, pese a todo, nuestra madurez democrática. —

ISMAEL GRASA es escritor. En 2018 publicó *La hazaña secreta* (Turner).



POESÍA

De Platón a Dylan Thomas



Sebastián Taberna
CAUSA ERRANTE
Valencia, Pre-Textos,
2021, 49 pp.

BÁRBARA MINGO COSTALES

Según se explica en el *Timeo* de Platón, la *causa errante* es el principio formal que tiende al caos y que es reconducido por la inteligencia, que lo guía. Es el principio de necesidad común a todo lo que existe, que por ello existe y se desvía. Ese es el título que ha elegido Sebastián

Taberna para su primer libro de poemas, publicado hace unos meses en Pre-Textos. Además de su sentido filosófico tiene una sonoridad cinematográfica, casi antiheroica. Promete sentido y movimiento, es decir, búsqueda. Y transmite la imagen de un pilar que no ha tenido más remedio que echarse al mundo, a recorrerlo.

El libro está dividido en dos partes con una veintena de poemas en cada una. La primera es *Causa* y la segunda *Errante*, como si quedase a un lado el origen y el sustantivo —lo fijo— y al otro el destino vagaroso del adjetivo que se lanza a la intemperie. Se trata de poemas muy breves, casi esquemáticos, y lo primero que llama la atención en todos ellos es la constante y palmaria presencia de dos personas, de un *nosotros* compuesto sin duda por dos personas. Muchas veces funciona como sujeto, pero se trata de una instancia que lo ocupa todo. Copio tres versos de “Plegaria”, el primer poema, que tiene nueve: “quédate con nosotros”, “Entra en nuestro sueño”, “ruega por nosotros”. Aquí algunos sintagmas que aparecen en “Verbena”: “te saqué”, “juntos”, “los demás” (esos demás que existen con respecto a nosotros). En “La luz”, un poema de veinte palabras: “tu piel”, “la mía”, “con nosotros”. Y sigo encontrando a esas dos personas en los siguientes poemas: “tú y yo”, “nada ni nadie puede seguirnos”, “antes de que hubiéramos nacido”, “llegar a ti”, “nuestros cuerpos”, “el vacío que nos rodea”, “nos deslumbra”... En todos los poemas el autor incluye a la otra persona, no como si se hicieran compañía sino como si formasen un conjunto indivisible que permite relacionarse con el mundo de una manera particular, propia. En esa relación es crucial un sensualismo *un poco* visionario, o al menos extático:

gracias a la luz y a su manera de incidir sobre las superficies, por ejemplo, se advierten dimensiones como el tiempo. Resulta asombroso que quepa todo eso (el *nosotros*, que va más allá de ser una pareja o de tener conciencia de ser una pareja; la percepción a través de los sentidos de realidades de otra índole) en unos poemas que son tan sintéticos y que parecen haber sido repasados una y otra vez hasta dejarlos en lo esencial.

Se puede advertir una sutil narración: a partir de cierta página el *nosotros* se desintegra. No solo aparece la segunda persona más a menudo, sino también la tercera persona —ella—, lo que sugiere una relocalización de los elementos. La voz no ha cambiado, pero se ha movido. Los poemas recogidos en la segunda parte del libro son más largos y lo que mencionan parece más circunstancial. La esencialidad del principio se ha disuelto en el transcurrir de los días que traen sus imprevistos y accidentes. Si en la primera parte a veces parecíamos habitar un tiempo tan continuo, redondo e inmutable que parecía haber ocurrido ya, ahora nos vemos expuestos a lo provisional, a lo que aún tiene que definir su sentido, a los extraños con los que hay que brindar otra vez, como en la ranchera de José Alfredo Jiménez.

Leo el libro como el relato de un destierro, y en realidad no es chocante si pensamos que vivimos en un mundo de sombras que no es el genuino. El primero de los poemas de la segunda parte se titula “Mudanza”. Algunos versos de esa mitad del libro: “todo lo que el aire conquista y se pierde en un instante”, “Y en sus ojos veo el mismo miedo que siento yo / a ser vencida / a ser olvidada”, “barrer la arena del desierto”, “Pero la vida es un inalcanzable murmullo” o “donde la eternidad es un rumor mágico de

coches / que desaparecen en el fulgor de la oscuridad”. Aquí se consigna el desarraigo. Aquel principio que nos hacía vivir nos ha enredado.

Y ahora que acabo de escribir eso por fin me vienen a la mente, convocados, el verso de Dylan Thomas “The force that through the green fuse drives the flower” y todo el poema que viene detrás, y comprendo que esa imagen ambivalente y fatal es la que me rondaba durante toda la lectura del libro de Sebastián Taberna. Aquello que nos hace vivir es también nuestra perdición, y generación tras generación estamos sujetos a ello y no hay quien se libre. ¿Será esa fuerza la causa errante? No hay estrategia para burlar los tropiezos que nos esperan, porque esos tropiezos son la vida misma y quizá son lo que nos hace humanos. Lo que sí hay es un impulso existencialista que anima a vivir después de todo, a cada cual cumplir sus tropiezos en el revoltijo de la vida.

En la precisión y la transparencia de su escritura, da la sensación de que el método que usa Taberna para echarle el guante a lo que quiere expresar es dar vueltas a su alrededor, como cercándolo en radios cada vez más cortos, y de esa manera se familiariza con sus dimensiones y acota el tema. A veces escribimos para alejarnos de las cosas, para que nos sean extrañas, y a veces para acercarnos a ellas, probando una y otra vez, y así asegurarnos de que ellas son lo que buscábamos. De esa segunda manera me parece que está compuesto este libro, que transmite a la vez el desamparo y la calidad inconfundibles que nos harían reconocer a otro ser humano si nos encontrásemos los dos perdidos en un rincón del cosmos. —

BÁRBARA MINGO COSTALES es escritora. Su libro más reciente es *Vilnis* (Caballo de Troya, 2021).

NOVELA

13 rue del Percebe



Concha Alós
LOS ENANOS
Madrid, La navaja suiza,
2021, 258 pp.

ALOMA RODRÍGUEZ

En un edificio de un barrio de Barcelona hay una pensión, en esas habitaciones viven familias, a veces parejas de recién casados, otra la comparten tres chicas a las que une su juventud y poco más; están la dueña de la pensión y los propietarios de otros pisos. Todos los inquilinos desearían estar ahí el menor tiempo posible, su situación es transitoria (esperan) en esa casa compartida en la que se oye todo, se sospecha de los demás, y hay problemas de convivencia por los turnos de limpieza. *Los enanos*, de Concha Alós, se publicó en 1962; la historia de su publicación es también historia de la edición española: con ese manuscrito había ganado el Premio Selecciones de la Lengua Española de la editorial Plaza & Janés, que sin embargo no se atrevió a publicar. Alós lo presentó al Planeta con otro título, *El sol y las bestias*, y al resultar ganadora, Plaza & Janés reclamó los derechos de impresión, que se había reservado durante un año, y la publicó. Dos años después, Alós ganó el Planeta con *Las bogueras*. *Los enanos*, que ahora rescata La navaja suiza, son los sesenta en España, es el franquismo, con la miseria y el hambre, con la búsqueda constante de una mejora de la posición social, lo que sea que los aleje de la pobreza: “La gente de la pensión, estos hombres y estas mujeres, que forman una humanidad anhelante

de deseos concretísimos y justos: una casa, un hijo, un poco de pan, tiene casi siempre un instinto claro y ama las cosas buenas.” Está Sabina, que ha pensado que para tener casa lo mejor es casarse, y frecuenta a un viudo al que tiene que ayudar a levantarse después de que él intente besarla, aunque entretanto acude a un bar y acepta dinero a cambio de pasar un rato con hombres; pero eso no le sale siempre bien: la miseria nos convierte en pícaros y desconfiados a todos. Sin embargo, no es solo esa galería de personajes a los que podemos ver como una especie de cruce entre *13 rue del Percebe* y *La vida instrucciones de uso* —quizá sería la miseria, instrucciones de uso— quien protagoniza este retrato coral. De entre esos personajes destaca una muchacha, María, que compra un cuaderno en el que escribe sus pensamientos y recuerdos y ahí va contando una triste historia de amor ilegítimo con embarazo no deseado.

Los enanos —“Somos enanos rodeados de enanos, y los gigantes se esconden para reírse. Eres enano tú. Soy enano yo”, escribe Alós y aparece como lema al principio de la novela, casi como una advertencia— es admirable en lo formal: pasa de ese acelerado patio de vecinas donde el entretenimiento, además de la charleta, es mirar las ratas que corretean, a la introspección de María, que podría ser ese jilguero que aparece en la novela y al que se oye cantar. Pasa del barullo al tono confesional, y entretanto ofrece capítulos de las vidas de todos: el judío que se casó con la bailarina de Tánger; la bailarina de Tánger ahora reconvertida en ama de casa sin casa y madre de dos hijos; el matrimonio que cada domingo sale a visitar a otros de su pueblo que se mudaron también y consiguieron casa en Barcelona a ver si saben de algo;

Mohatá, al que trajeron del norte de África para hacerle boxeador y siempre anda con la cara partida y nunca ha ganado un combate. La galería podría crecer y crecer —salen unos de una habitación y entran otros con sus angustias y sus circunstancias—, y de hecho lo hace a pocas páginas del final, como si Alós quisiera decir que hay algo inacabable en ese fluir de vidas pequeñas y tristes que acuden a la pensión de la señora Eloísa, que anda con su hijo en brazos apoyado en la cadera. “El recién llegado siempre disfrutaba en la pensión de un derecho que nadie podía arrebatárle: la profunda curiosidad de los otros huéspedes. Que esta curiosidad durara o no, no dependía del recién llegado ni de lo extraordinario de su conducta.” Después de terminar la novela busqué *Carmen de Carabanchel*, de Cecilia Bartolomé, en internet, con el que *Los enanos* comparte tema: ¿qué hacían las mujeres para no quedarse embarazadas? ¿Qué pasaba cuando se quedaban? La protagonista de la película de Bartolomé tiene ya familia numerosa.

Alós escribió esta novela en estado de gracia: todo funciona y encaja sin que se note el más mínimo engranaje. Alterna escenas que son el equivalente literario de los planos secuencia berlanguianos con guion de Azcona con desventuras menos corales; va del diálogo al cuaderno de María sin avisar, sin más separación que un espacio y sin más alerta que la del punto y aparte, y todo fluye de manera misteriosa. Incluye también el juicio a Eichmann en Jerusalén a través de la lectura de la crónica en el periódico que hacen los personajes. Va también de un estilo casi naturalista a la búsqueda de la belleza en la expresión y por el camino da con imágenes sugerentes, y en su exploración de las intimidades afeadas por las circunstancias la vida

aparece como una mezcla de belleza y suciedad, un poco como cuando María asiste escondida al nacimiento de su hermano trece años menor: “Escondida en una habitación donde no había más que armarios, mirando por el ojo de la cerradura, le vino a nacer: rosado, envuelto en tripas y repugnantes trozos de carne oscura... Apoyé las palmas en el suelo y, comprendí, entonces, de golpe, la vida.” Este libro tiene más virtudes: no abusa de los símbolos, aunque los usa porque los sabe poderosos; las ratas y el jilguero, los enanos, están pero sin caer en la simplificación. Alós es una escritora elegante, que nos hace comprender de golpe la vida, como la niña que miraba nacer a su hermano por el ojo de la cerradura. —

ALOMA RODRÍGUEZ es escritora y miembro de la redacción de *Letras Libres*. Su libro más reciente es *Siempre quiero ser lo que no soy* (Milenio).



ENSAYO

Entomología de lo cutre y otros adjetivos



Alberto Olmos
VIDAS BARATAS.
ELOGIO DE LO CUTRE
Madrid, Harper Collins,
2021, 208 pp.

MERCEDES CEBRIÁN

El lenguaje nos trae modas tan omnipresentes y llamativas como las hombreras o los vaqueros lavados con lejía. De un día para otro nuestro vocabulario se alinea con términos que se expanden a gran velocidad, ya sea en inglés o castellano —lo cool, lo hipster, lo friki, lo cutre...—, y que nos sirven para definir fenómenos y atmósferas cotidianos. Por eso, desde hace más de una década, el mercado

editorial ha comenzado a publicar ensayos cuya misión es sacarle el máximo jugo sociocultural a estos términos tan expresivos e indagar en las causas de su nacimiento y empleo tan frecuente. Rastrear en la genealogía de este tipo de textos nos llevaría a las *Notas sobre lo camp* de Susan Sontag, publicado en 1964, al que seguirían en los ochenta *On Bullshit: sobre la manipulación de la verdad*, de Harry Frankfurt (Paidós Contextos) o *La conquista de lo cool* de Thomas Frank (Alpha Decay), entre otros. El más reciente e ibérico es *Elogio de lo cutre*, de Alberto Olmos (Harper Collins), del que nos ocuparemos en profundidad.

Como niños curiosos y temerarios que no temen sacarles las piezas a sus juguetes para entender cómo están hechos, los autores de estos ensayos se dedican a husmear y a darle vueltas a los motivos del consenso que parece haber cuando usamos estos adjetivos. Simon May, autor de *El poder de lo cuqui* (Alpha Decay), comparte con el resto de los autores la actitud de antropólogo entusiasmado que se enfanga en su trabajo de campo para encontrar respuestas a preguntas como esta: “el intento de sonsacar la sensibilidad, el estilo, el tenor, la forma de ser que lo Cuqui expresa, ¿qué luz puede arrojar sobre la época y las culturas en las que tiene un papel tan preponderante?”.

Centrándonos en el ensayo de Olmos, cuya principal novedad es que pone en el punto de mira un término en castellano libre de la influencia angloamericana a la que estamos más que acostumbrados, encontramos en él un orgullo hacia lo cutre ya desde el título. Estamos ante un elogio de este término tan nacional-popular —Gramsci estaría encantado— que posee una infinita capacidad de materializarse en

objetos, espacios y ambientes, y también ante una búsqueda del porqué de su omnipresencia en la vida cotidiana de España.

Alberto Olmos emplea el yo para llevarnos de la mano por diccionarios, hemerotecas y obras de pensadores como Bourdieu y Veblen en busca de las distintas acepciones y de la evolución de este adjetivo que, como el autor afirma, fue empleado por primera vez en la literatura española en 1785 en las páginas una obra filosófico-espiritual del jesuita Ángel Sánchez, donde consideraba “cutre e inhumano” a quien esconde dinero tras un ladrillo en lugar de compartirlo con su prójimo.

Olmos considera lo cutre como patrimonio español y nos llama a sentir orgullo hacia todo lo que implica esta sensibilidad. Es decir, a dejar de actuar como colonizados, siempre en busca de lo que nos llega de fuera. Aunque en algún momento pueda parecerlo, lo cutre no equivale a “lo cañi” ni tampoco es exactamente igual a lo rancio o a lo costoso. Para definir el fenómeno de la cutrez y llegar a su esencia, el autor se pregunta por las relaciones que el término tiene con otros colindantes, estableciendo definiciones y comparaciones tan subrayables como estas: “Lo costoso es el barroco de lo cutre, su depravación” o “Lo kitsch sería cutre si lo cutre se siguiera fabricando. Pero en lo cutre hay, sobre todo, una gran pereza fabril, una suerte de reciclaje sin aspavientos ni ánimo proselitista”.

En su historia sentimental del fenómeno de la cutrez, el escritor no escatima en párrafos dedicados a objetos que han acompañado a varias generaciones de este país en comedores escolares y apartamentos de la playa: la vajilla Duralex color ámbar sería el ejemplo por excelencia. También dedica espacio a esas

marcas baratas normalmente de producción nacional que intentan emular a sus homólogas tan deseadas.

Olmos tiene una mirada ejemplar para el costumbrismo, para detectar lo que todos hemos experimentado en lugares como una casa en una playa ignota que ha quedado semiabandonada por quienes la heredaron de algún pariente: “En una casa cutre como Dios manda [...] de todo tiene que quedar solo un poco cuando llegas. Es un equilibrio mágico entre la provisión y el abismo. Así, queda solo un rollo de papel higiénico, solo un centímetro de Fairy, solo una cerilla en la caja de cerillas.”

Lo cutre se muestra en este libro como una experiencia eminentemente sensorial, y crece en ambición en capítulos como el octavo (“Fabricantes familiares: un viaje personal”), en el que Olmos se cala las gafas de semiólogo y realiza un análisis en profundidad del empaquetado y diseño de la marca de bizcochos Noel, que conoce desde su infancia, así como de las gaseosas Olmos, producidas por su familia segoviana.

La intensidad del libro llega a su clímax en el análisis detallado de aquel pisito de Vallecas donde vivía Pablo Iglesias, el mismo que Ana Rosa Quintana visitó y mostró a los espectadores de Telecinco en 2015, antes de la llegada del primero a la vicepresidencia del gobierno. En aquel programa también asistimos a las costumbres gastronómicas del politólogo —Olmos nos lo recuerda paladeando los detalles a través de los que argumentará cuán cutre era todo aquel entorno—, entre las que brillaba con especial fulgor el salmorejo de bote con que untaba sus tostadas para el desayuno.

Por todo lo dicho hasta ahora, nos encontramos con un libro

calificable como “muy español”, al que quizá le sea difícil encontrar editores en mercados extranjeros, pero eso precisamente lo hace tan atractivo, pues está dialogando con un “nosotros” en el que pueden reconocerse lectores de perfiles y ámbitos socioeconómicos muy diversos. Solo alguien que resida en un gueto de lujo y que carezca totalmente de capacidad de observación se sentirá ajeno al universo que explora Olmos en este ensayo, un texto que, esta vez sí, *necesitábamos* leer para reparar en uno de los pocos fenómenos que actúan como pegamento social —quizá no Supergen, sino más bien alguno comprado en el Todo a 1 Euro— de este país. —

MERCEDES CEBRIÁN es escritora. En 2019 publicó *Muchacha de Castilla* (La Bella Varsovia).



ENSAYO

John Gray o el liberalismo sin ilusiones



John Gray
LAS DOS CARAS
DEL LIBERALISMO
Traducción de
Roberto Ramos
Barcelona, Página
Indómata, 2021, 279 pp.

JORGE DEL PALACIO

John Gray, profesor de la London School of Economics hasta 2008, es uno de los filósofos políticos más brillantes y prolíficos de nuestros días. También uno de los más provocadores y escurridizos para la opinión pública. A finales de los noventa, Robert Skidelsky, en una ácida reseña publicada en el *Times Literary Supplement*, escribió: “Los cambios intelectuales de Gray han sido legendarios. Me dijeron que era socialista en los 70. En los 80 era un *thatcherista*

(en cierta ocasión la Dama de Hierro me comentó: ‘¿Qué le ha ocurrido a John Gray? Antes era de los nuestros’). Luego adoptó el comunitarismo de moda. A juzgar por su último libro, es lo que Marx hubiese denominado un reaccionario.” ¿Qué hay de verdad en todo esto?

Ciertamente, las preferencias políticas de John Gray han cambiado con bastante frecuencia. A veces, quizás, con una alegría difícil de asimilar para la opinión pública, que siempre encuentra un principio de seguridad en el etiquetado ideológico del personal. Sin embargo, no se ajusta a la realidad decir que las ideas de John Gray han cambiado con la misma facilidad. Al margen del ruido de la polémica política, que nunca ha perdonado al exprofesor de la LSE haberse pronunciado a favor de laboristas y conservadores en distintos momentos, Gray representa mucho más que una biografía caprichosa y oportunista. Su obra teórica se hace coherente y reconocible, desde sus primeros libros, en la crítica de la deriva universalista del liberalismo. Proceso en el que John Gray advierte el punto de convergencia de la arrogancia intelectual occidental con la necesidad de abrazar una nueva religión de la humanidad.

Las dos caras del liberalismo, libro que Página Indómita acaba de reeditar felizmente, es una obra clave en la trayectoria de John Gray. Representa una versión madura de su esfuerzo por rescatar la reflexión sobre la naturaleza del liberalismo de la pobreza intelectual del debate partisano izquierda-derecha. Para ello Gray identifica dos concepciones radicalmente distintas del liberalismo, cuyas diferencias han madurado a través de los siglos de manera casi inadvertida, pero que han dado lugar a dos formas diametralmente opuestas de entender y practicar los principios liberales. De un lado,

un liberalismo que busca una legitimación filosófica fuerte como vía hacia un consenso racional de carácter universal. De otro, un liberalismo que busca su legitimidad política en las prácticas y convenciones constitucionales de cada comunidad. En el primer bando, John Gray coloca la tradición racionalista que va de Locke y Kant hasta Rawls y Hayek. En el segundo, la tradición escéptica que va desde Hobbes y Hume a Berlin y Oakeshott.

La provocación de John Gray, precisamente, reside en proponer una relectura del liberalismo en la que dos autores como Rawls y Hayek, abanderados de posiciones ideológicas bien diferenciadas, son reubicados en una misma rama de la familia liberal. A la hora de sentar esta tesis, no exenta de polémica, Gray pone el acento en la fe compartida por Rawls y Hayek en una idea de progreso, de raigambre ilustrada, que auspicia la convergencia de la humanidad en torno a valores de validez universal.

Para Gray, en cambio, la idea misma de que la humanidad está destinada a converger en una civilización de alcance universal no es una posibilidad que tenga apoyo en la historia. Al contrario, se trata de una inclinación intelectual de origen religioso, basada en una visión de la historia como proceso de salvación a través del descubrimiento de la Verdad, con mayúscula, que llega hasta la tradición liberal a través del positivismo ilustrado del siglo XVIII. Se trata de un razonamiento que Gray desarrollará hasta sus últimas consecuencias en su obra posterior *Misa negra*, de 2007. En *Las dos caras del liberalismo*, en cambio, la principal crítica que Gray eleva contra este tipo de liberalismo universalista es que alimenta la promesa de un objetivo que no puede cumplir: la superación racional de los conflictos sobre

concepciones de la vida y de la sociedad que atraviesa de manera inevitable toda comunidad política. De aquí la mayor acusación que Gray formula contra Rawls y Hayek: ser patrocinadores de un liberalismo de carácter, fundamentalmente, antipolítico.

Metidos de lleno en el taller de John Gray, resulta imposible no ver la deuda que su reflexión contrae con Berlin y Oakeshott. Dos pensadores que, si en vida estuvieron mal avenidos, encuentran en la obra de su discípulo un principio de colaboración. Sobre todo, porque la alternativa de Gray al liberalismo como proyecto de armonización universal de valores es un liberalismo del *modus vivendi*: más humilde, menos preocupado por alcanzar un consenso racional sobre el mejor modo de vida, más atento a la valoración positiva de prácticas y convenciones locales, de carácter histórico y contingente, que permiten una coexistencia pacífica entre valores irreconciliables.

Las dos caras del liberalismo es una propuesta inteligente de reinterpretación de la historia del liberalismo cuyo diagnóstico sigue teniendo validez. En sus páginas, como señalé, no solo brilla John Gray. El lector aficionado a la historia de las ideas encontrará el eco de la advertencia de Isaiah Berlin contra los enemigos del pluralismo. De igual manera, a lo largo del libro se deja sentir con fuerza la reserva de Michael Oakeshott frente a quienes ven en la filosofía política algo más que una disciplina que permite practicar la política con menos ilusiones. De lo que se trata, dice Gray, es de abrazar el liberalismo renunciando a “la ilusión de que las teorías de la justicia y los derechos pueden librarnos de las ironías y las tragedias de la política”. —

JORGE DEL PALACIO es profesor de historia del pensamiento político en la Universidad Rey Juan Carlos.